

Desde Fribourg

Nadie es profeta en su tierra y el “cholo barato”

José Hurtado Pozo

I

A cierta edad es cada vez más difícil recordar una anécdota leída y, más aún, tanto el título del texto como el nombre de quien lo escribió. Invitado a participar a una reunión de escritores en Lima, el autor (cuyo nombre quiero recordar) se sorprendió de no encontrarse con ninguno de sus colegas españoles en el avión que lo trasladaba de Madrid a la Ciudad de los Reyes. El asunto se aclaró cuando al descender del avión en el aeropuerto Jorge Chávez, vio que los escritores chapetones descendían del sector de primera clase. Los organizadores criollos habían aplicado la regla del «cholo barato». Quizás el discriminado haya sido Bryce Echenique, en caso de no serlo bien puede tratarse de alguno de sus colegas, fuentes de su inspiración.

Varios son los que aluden a la diversión del “palo encebado” para ilustrar la afición peruana de esperar y gozar con la caída de quien se esfuerza para trepar hasta la punta del palo o árbol para apoderarse del premio colgado. En lugar, como sucede en otras latitudes, de alentar y encorajinar al pretendiente para que alcance la meta. En mis recuerdos, creo que Haya de la Torre explicaba la política peruana utilizando esta alegoría. Más seguro estoy en haberla leído en una nota periodística de Luis Pásara referente a un suceso que me concernió hace un buen tiempo.

Estos recuerdos me invadieron cuando, hace unos días, debía redactar unas breves notas de agradecimiento que debía expresar en una ceremonia formal, a realizarse en uno de los pequeños paraninfos de la Universidad de Fribourg. Ocasión en la que el Embajador del Perú en Suiza, Sr. Luis Chuquihuara Chil, me entregaría un diploma de reconocimiento, establecido por el Ministerio de Relaciones Exteriores, como “peruano distinguido en el extranjero”.

Luego de escuchar las generosas palabras del Embajador y recibir el diploma, uno de los objetos más codiciados de los peruanos sin distinguir el nivel y el tipo del documento, pronuncié un breve discurso en francés. Es la versión española la que me permito ahora compartir con Ustedes.

II

“En tanto suizo, debo expresar, en su persona Sr. Embajador Luis Chuquihuara, mi agradecimiento a nuestro país el Perú por otorgarme este diploma de reconocimiento, por el que se me designa como peruano distinguido en el extranjero.

Este gesto es expresión de generosidad, que otros compatriotas hubieran con seguridad más merecido. Sin embargo, lo recibo con beneplácito pensando en todo lo que los peruanos residentes en Suiza han hecho y hacen en beneficio de este país y del Perú.

Mi reconocimiento también hacía mis colegas, asistentes, amigos latinoamericanos y a todos ustedes Señoras y Señores por acompañarme en esta ceremonia. Aun cuando tenga la leve sospecha que han sido sobre todo atraídos por el pisco sour ofrecido como cierre exótico.

Leyendo, en estos últimos días, una crónica en un periódico francés, concerniendo el homenaje rendido a Cohn-Bendit en ocasión de su retiro del Parlamento europeo, el Dany le Rouge de mayo 1968, una reflexión de Dany llamó mi atención. Recordando que su nacimiento tuvo lugar en abril de 1945, él interpelaba al lector diciendo: “He sido concebido justo después del Desembarco americano en Normandíe. Imagine que, al momento de llegar a tierra, hubiera dicho a mis padres, judíos alemanes refugiados en Francia: “En cincuenta años no existirá más frontera entre Francia y Alemania”. Mis padres hubieran respondido: “Tenemos un problema. No sólo este niño habla demasiado pronto, sino que es completamente loco”.

Este pasaje me ha llevado a cuestionarme sobre lo que mis padres hubieran dicho, en un pequeño pueblo del Perú profundo, si a mi nacimiento en 1942, les hubiera dicho, en español claro está, “dentro de 72 años, estaré en Suiza, rodeado de personas que hablan diferentes idiomas, expresando, como modesto suizo, mi alegría y satisfacción de ser reconocido como peruano distinguido residente en el extranjero”.

Ellos, seguramente, no hubieran estado de acuerdo. Mi madre, creyente y gentil, se habría sentido culpable de haber traído al mundo, valle de lagrimas, un infante olvidado por la mano divina, es decir con el vicio oculto de “faltarle un tornillo”. Mi padre, más bien agnóstico, lleno de humor e ironía, se habría regocijando gritando “loco, puede ser, pero espero no tanto como para regresar al Perú, pues nadie es profeta en su tierra”.

He aquí, tal vez, la explicación porqué me siento siempre desgarrado al tratar de escoger entre mis dos países. Lo que implica también optar entre mis tres mujeres. Por un lado, mi esposa que quiere entrar al serrallo originario y, por otro lado, mis dos hijas que permanecerán en Suiza, su país de adopción integral. La solución sólo puede ser helvética, neutral: seis meses en el Perú para escapar a los rigores del invierno y seis meses en Suiza para gozar de la primavera y del verano europeos. Como los suizos oriundos, me siento siempre muy cómodo sentado entre dos sillas.

En todo caso, no debo olvidar de agradecer al Perú y, en particular a mi Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la más antigua de América, por haberme, gratuitamente, formado profesionalmente y a mi Universidad de Fribourg por haberme dado la ocasión de perfeccionarme y desarrollar las actividades que probablemente justifican, al menos en parte, el homenaje del que soy objeto”.

III

Para los efectos de esta nota, como lo hemos hecho al inicio, agrego dos anécdotas que sirven para confirmar la modesta concepción que se esconde, como velado telón de fondo, de mis comentarios. La primera concierne la idea de que si se nos elogia afirmando que somos un “as” en nuestra especialidad y que una de nuestras obras es lo “máximo”, debemos estar

contentos aunque lo que adornan tantas loas es un hecho indebido. En mi caso, fue la sorpresa de enterarme, hace un tiempo, leyendo El Peruano, que había salido a luz una nueva edición de mi Manual de Derecho Penal, parte general, en la colección del Rectorado de una de las numerosas universidades que pululan en Lima. Cuando, en realidad, nunca había colaborado con la Universidad de marras, ni elaborado una nueva versión de mi libracó. Sin embargo debía estar agradecido por el enorme honor y publicidad que se me había hecho gratuitamente produciendo un apócrifo.

La segunda, más reciente, es la de haber experimentado la aplicación efectiva, aun cuando no siempre transparente y general, del principio de la igualdad. Tomando en cuenta mi lado peruano, mas olvidando del todo el nivel extranjero, se consideró que, por razones supongo sobre todo económicas (“criterio del cholo barato”), debía someterme a un concurso, a pesar de mi condición nacional de profesor principal, para reintegrar la planta activa de docentes y dictar un curso a estudiantes de pregrado. Exigencia inimaginable, supongo, respecto a un profesor foráneo (pero no, a uno mitad-mitad). Los decidores, “dueños de la pelota”, seguro que tenían presente el dicho popular, pero no muy católico: “la paciencia es un árbol de raíces muy amargas, pero que da frutos muy dulces”.

Y punto final a estas mal hilvanadas frases que esperemos sirvan, al menos, como distracción de algún oso hormiguero en busca de material para un comentario en el sentido de “es verdad aunque usted no lo crea”.

Fribourg, junio 2014